

## *Pareja de Ases*

La miró dormida en el sillón. La cabeza ladeada sobre un hombro, el pelo blanco cortado a lo chico y las gafas sobre el pecho que se balanceaban al ritmo pausado de su respiración.

Un libro reposaba abierto sobre su falda.

Una oleada de ternura lo invadió. Sí tenía sus años, pero él siempre la recordaba como la conoció: cabello largo sobre la espalda, ojos risueños color del trigo, y risa pronta.

Ha llovido mucho desde entonces.

Una vida junta, con altibajos y proyectos, siempre superados. Unidos siempre.

Luego saldrían a pasear. Ella cogida de su brazo. A paso lento. Deteniéndose en cada metro de acera. Una araña, una fila de hormigas, la flor amarilla del diente de león, el rastro de plata de un caracol nocturno...todo la admiraba. Todo era nuevo para ella.

Él la veía descubrir los rastros más pequeños de la vida. Como un niño que sale a la calle por vez primera.

Yo le repito el nombre de las cosas y le sonrío apretando un poco su brazo. Ella me mira y también sonrío.

Le hablo y le cuento anécdotas cotidianas. Que ha llamado la Nena, que el chico vendrá para vacaciones, que esta noche comeremos sopa de cabello de ángel...

Ella parece no escuchar, atenta a esas otras maravillas que ve en el suelo.

En la segunda manzana nos sentamos en una terraza. El cafelito de la tarde le encanta. El camarero le trae como cada tarde una magdalenita que ella se come con fruición.

Voy un momento al baño. Cuando vuelvo me mira asustada. La tranquilizo. Se calma.

La tomo del brazo y volvemos a casa.

Sé que no recuerda mi nombre, pero me reconoce como alguien cercano. Yo ya no soy su marido, su compañero sino alguien que está cerca de ella cada día.

No me importa, pero me importó mucho cuando comenzó el deterioro, su demencia.

Me costó adaptarme a sus incongruencias, a sus olvidos cada vez más frecuentes.

Pero no la llevaré a una residencia mientras yo pueda cuidarla en casa. Me gusta estar con ella en el sofá y ver la televisión cogidos de la mano. Acostarme a su lado, sentirla viva junto a mí.

Muchas tardes le enseñé fotos, le recuerdo escenas, lugares, amigos. Ella me mira y me sonrío. Le encanta ver fotos de su nieto, que no recuerda que es su nieto.

La Nena, como la llamamos a nuestra hija, antes venía con frecuencia, ahora espacia sus visitas. No puede soportarlo y llora porque no la reconoce. Yo le digo que no importa, que la tenemos con nosotros, y eso es mejor que no tenerla.

Puedo hablarle tardes enteras sobre cómo nos conocimos, de las trastadas de nuestros hijos, de cosas familiares...Ella me mira callada o se adormila.

Cuando me mandan chistes por wasap, se los leo y cuando me río ella se contagia y se ríe a carcajadas también. Yo la abrazo y la beso en el pelo y la mejilla. Ella apoya entonces la cabeza en mi hombro, como antaño, y yo me siento feliz.

-Rosalía, eres el amor de mi vida. Quédate conmigo todavía. -le digo en un susurro ronco.

Lentamente la acompaño hasta la cama. La ayudo a desvestirse y me acuesto junto a ella.

Me duermo con mi mano en su cintura como entonces.

La luna derrama en la habitación sus hilos de plata.

***Rafi Bonet.***